558

CECILIO BARBERAN

EL AMOR NO ES ESO

COMEDIA SENCILLA EN UN ACTO, ESTRENADA POR LA COMPAÑIA DEL TEATRO DE LA INFANTA ISABEL DE MADRID, EN EL TEATRO DE NOVEDADES DE BARCELONA, EL 27 DE ABRIL DE 1925

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1925

CECILIO BARBERAN

EL AMOR NO ES ESO

COMEDIA SENCILLA EN UN ACTO, ESTRENADA POR LA COMPAÑIA DEL TEATRO DE LA INFANTA ISABEL DE MADRID, EN EL TEATRO DE NOVEDADES DE BARCELONA, EL 27 DE ABRIL DE 1925

Es propiedad del autor.
La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada del cobro de los derechos de representación.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMP. "LA PURITANA" DE M. BLANCO.—ANDÚJAR

A Santiago de Morales, José Ruano Prieto, Juan Barrera y Francisco Prieto, queridos camaradas en ARJONA, con todos los afectos de,

CECILIO BARBERÁN

Debe EL AMOR NO ES ESO el haber llegado a la realidad en el arte, no a su mérito, que no la considero con los suficientes para ello, sino al soplo alentador de unos artistas, quienes hartos de cosechar triunfos, hidalgos fueron en regalar parte de ellos al que se honró en ser su amigo y que si en verdad no aspiró a rivalizarlos en glorias, no menos cierto es que, como buen español, soñó ver la producción de su mente inquieta en la realidad de la escena.

Primero fué Arturo Serrano quien con un gesto (acaso de opulento minero buscador de nuevos filones intelectuales) exploró mi pobre bagaje literario; y después, cuando la obrita fué repartida, fueron todos los notables artistas del teatro de la Infanta Isabel de Madrid, quienes además de regalarme optimismo y amistad, pusieron toda su buena voluntad en regalarme triunfo. Por ello el cariño con que fué acogida, estudiada y representada la obra.

Aparte de los intérpretes, que fueron las señoritas Blanch, Iglesias y Guijarro, señora Sampedro y señores González y Gallardo, no quiero olvidar, para que en ello me quepa la dicha de recordar, los nombres de Angela Vilar, Eloisa Muro y María Brù, Pedro Sepùlveda, Alfonso Tudela, Antonio Suárez, Salvador Mora, Pedro Fernández Cuenca, José Cabrero, Pedro Valdivieso y José M.ª Acebal, puesto que a todos ellos les debe EL AMOR NO ES ESO su mayor triunfo, o sea, el más íntimo aliento que con sus consejos y su amistad recibió el autor.

Sean, pues, estas líneas testimonio de gratitud para todos ellos.

C. B.

Barcelona, Abril de 1925.

PERSONAJES

TITA.

LUCITA.

FILO.

D.ª PAZ

D.ª PAULINA.

PEDRO FONTÁN.

FERNANDO.

GOYITO.

TOMÁS.

En Madrid.—Época actual.

EL AMOR NO ES ESO

ACTO ÚNICO

Un gabinete elegante. Divanes y muebles cómodos y coquetones. Al foro amplio balcón con cierre de cristales. Puertas a ambos lados. Sobre un mueble, recado de escribir. La pieza reviste cierta intimidad.

ESCENA PRIMERA

TITA y FERNANDO, joven matrimonio, al parecer encantados de la vida, discutiendo junto al teléfono.

FERNANDO. ¡Imposible, Tita, imposible!

TITA. *¡Oh, Ferdinand!*

FERNANDO ¡Esto se acabó! ¡No permito más tiempo tus impertinencias! Tu carácter, tus nervios, todo se opone a que seamos felices. La vida con una curiosidad como la tuya es insoportable. ¡Puedo yo permitir...

TITA. *Ferdinand, ¿ne coneis vous pas a votre petite? Ta petite le fait pour amour...*

FERNANDO Por amor no es posible. Veamos lo que acaba de suceder.

TITA Lo que sucede siempre.

FERNANDO Es verdad. Que no suena una vez el teléfono que tú no acudas a enterarte. ¿Qué revela esto? ¿Tan poco me quieres, para que siempre estés desconfiando?

TITA Fernando, ¡cómo puedes pensar?

FERNANDO Pequeña, tu actitud me confunde. ¿Por qué eres así?

Nuevamente suena el teléfono. Tita no puede reprimir su curiosidad e instintivamente intenta ir hacia él... pero en un mismo momento, se contiene. Fernando se da cuenta de esto.

607748

TITA ¿Ah!

FERNANDO ¿Ves? ¿No te estoy diciendo? Anda, sacia una vez más tu curiosidad. ¡Dios sabe qué plan, qué combina sorprenderás?

TITA No, Fernando, jamás.

FERNANDO Tita, ahora como mi derecho te lo impongo.

TITA. (*En el aparato*) «¡Ah, eres tú! Cuando quieras». Es mamá...

FERNANDO. Más vale así. A ser persona desconocida ¡quién sabe a donde hubiera llegado tu desvarío!

TITA. (*Mimosa, felina.*) Tienes razón, Fernando. Pero perdona a tu pequeña. Tu pequeña le debe hoy al teléfono emociones insospechadas, y por eso, en beneficio de nuestra tranquilidad, te propone una cosa. ¿La aceptarás?

FERNANDO. Si es razonable y justa, ¿por qué no? Qué es ello.

TITA. Para evitarnos estos soliviantos interrumpir el teléfono.

FERNANDO. Tita, ¡eso nunca! ¡Enmascarar tan ridículas sospechas con tan lamentable recurso? Al contrario, pequeña. Desde hoy procuraré que todos mis secretos sean de tí conocidos por muy crueles que sean para tus consentimientos. A ese extremo llevaré las cosas.

TITA. Eso yo no lo consentiré.

FERNANDO. Te lo impondré entonces.

TITA ¿Imposiciones?

FERNANDO. Sí; por salvarte, por hacerte caer en tu error, ¡qué no seré yo capaz de hacerl...

FILO. (*Por la izquierda.*) ¿Da permiso el señorito? Don Pedro Fontán pregunta por el señorito.

FERNANDO. ¡Caramba, Perico? ¿Dónde está?

FILO. En el salón de fumar entró.

FERNANDO. Dile que pase. (*La doncella hace mutis*).

RBC/NcU

TITA. ¿Perico Fontán? ¡Ese libertino empedernido! ¿Y te propones recibirlo aquí? Eso no es considerarme.

FERNANDO. Tita, ¿ves? Eres un crío.

TITA. (*Exasperada.*) ¡Yo soy como soy!

FERNANDO. ¡Ah, bien! ¿Ahora tenemos esas? Perfectamente Yo también tengo derecho a sostener mi moral.

TITA. (*Con llanto de ira contenida.*) ¡Hombres! ¡Hombres! ¡Todos iguales! ¡Cómo pensar!... (*Mutis.*)

FERNANDO. (*Al verla ir.*) Es verdad lo que dice esa infeliz. Hombres, todos iguales. Pero su actitud me confirma otro convencimiento. Mujeres, nervios, sentimentalismos, todas, todas iguales...

ESCENA II

FERNANDO y PEDRO FONTÁN, solterón de 50 años, definido tipo del hombre mundano. Sus amigos le llaman familiarmente Saturno.

PEDRO. Fernandito, ¿dónde te metes?

FERNANDO. ¡Querido Perico!

PEDRO. Chico, temo haberte interrumpido. Mis pocos hábitos de visitar a muchachos jóvenes casados me hacen que pida por adelantado mil perdones.

FERNANDO. Verdaderamente encantado. Esas fórmulas...

PEDRO. No acostumbro a ellas, es verdad; ya sabes, entre nosotros...

FERNANDO. Lo particular es que tengo observado que siempre que te dejas ver con ellas traes algo importante entre manos.

PEDRO. Cierto, cierto, querido Fernando. ¡Qué excelente psicólogo! No te veo por parte alguna y eso me ha motivado...

FERNANDO. Salgo poco.

PEDRO. Y se justifica. Recién casado... una muchacha monísima... Chico, ¡os tengo una envidia!

FERNANDO. Vamos, hombre, no te vengas con cobas de cierta naturaleza.

PEDRO. ¡Pues, qué?

FERNANDO. Pudiera explicártelo, Saturno. Si tú fueses un hombre normal y estuvieses capacitado para apreciar en toda su intensidad ciertas cuestiones, tal vez en esta ocasión me prestaras un servicio excelente aconsejándome, dándome una solución viable en mi actual apuro.

PEDRO. ¡Fernandito, que me interesas! ¿No me crees capaz? Yo, chico, no soy un Platón que digamos para convencerte con razones, pero de la vida sé algo que acaso pudiera servirte.

LUCITA. ¡Pobre chico! Todo el dinero que le dará su mamá se lo gasta en bombones. Hoys on exquisitos. Pruébelos usted.

D.ª PAULINA. Lucita, qne con razón el chico...

FERNANDO. A un mujeriego, a un don Juan fracasado como tú, no se le puede venir con ciertos sentimentalismos. Así que en vez de insistir dime qué te trae por aquí y procuraré servirte.

PEDRO. Allá penas entonces. Mira, lo mío se reduce a proponerte un negocio.

FERNANDO. Te escucho.

PEDRO. Como sabrás, desde hace algún tiempo, me vengo dedicando a la filatelafia. Un negocio muy raro, muy bonito.

FERNANDO. Sí, bien.

PEDRO. Recientemente he regresado de París en donde he vendido del tronado de Pepe Ojeda unas colecciones que tenía, por las cuales ha tomado muy buen dinero, y he aquí que el comprador, que ha sido un millonario ameri-

cano, me da el encargo de que le busque una serie de sellos de la primera República de Méjico, por la cual ofrece cuanto se le pida.

FERNANDO. De Méjico..., de Méjico...

PEDRO. Gestionando el asunto hablé anoche en el Círculo con el querido marqués de Albillos y ése es el que me ha dicho qne tú tienes un tesoro en sellos y precisamente todos de América. Como los tuyos fueron tanto en allá...

FERNANDO. En efecto.

PEDRO. De aquí que me colara de rondón en tu *fumoir* y viese los que allí recordaba que tenías, que son interesantes, pero no los que precisamente se buscan.

FERNANDO. Es que guardo otros, que por lo que Albillos me dijo, son valiosísimos. Yo de eso no entiendo palabra.

PEDRG. Esos, precisamente, son los que quiero ver. Para una vez que los estudie, hacerte proposiciones que yo, la verdad, creo debías escuchar.

FERNANDO. Sí, sí; no tengo inconveniente.

PEDRO. Pues entonces, querido Fernando, salvando todas tus preocupaciones, vamos a verlos. Porque ya no es el negociante el que busca el lucro, sino la fiebre del *amateur* la que bucea. Estas cosas me subyugan.

FERNANDO. Conozco tus excentricidades, Perico.

PEDRO. Si la encontráramos ¡qué feliz hallazgo! ¿Los tienes en el despacho?

FERNANDO. Sí.

En el preciso momento de salir, entra por la derecha, Filo, la doncella.

FILO. Señorito: La señorita que haga el señorito el favor de pasarse por sus habitaciones.

FERNANDO. ¿Qué pasa?

FILO. También me ha dado el encargo de que telefonee a la señora mayor

PEDRO. ¿Está enferma Tita? Mira, en ese caso otro día volveré.

FERNANDO. No, nada; ya conoces a las mujeres y las impertinencias de sus nervios. Vamos a mi despacho y mientras tú ves los sellos, yo acudiré.

(Mutis por la derecha)

ESCENA III

FILO, después LUCITA y D.ª PAULINA, Lucita es una deliciosa criatura de dieciséis años. doña Paulina es su *carabina*. A esta buena señora la caracteriza su afición a hojear toda revista y a dormirse cuando así conviene a las diabluras de su señorita.

FILO. (*En el teléfono.*) «Central. El 27-42 del Centro. ¿Es casa de la señora viuda de Orzabal? ¿Es la señora? La doncella de casa de la señorita. La señorita que procure la señora venir enseguida. No se alarme la señora. Nada, le digo. Mande la señora.»

LUCITA. (*Por la izquierda*). Filo, ¿y mi hermana?

FILO. En sus habitaciones, señorita.

LUCITA. Mejor, Paulina, mejor. Porque lo que es esta tarde me río cuanto pueda de Goyito. ¿Ha visto usted qué majadero ha estado el crio?

(Sale la docella)

D.ª PAULINA No extreme usted las cosas, Lucita.

LUCITA. Paulina, es que hoy, para dárselas de que ve, se ha puesto muy impertinente. ¡Habráse visto! Bueno, y la estupidez de haberse ido abejorreando: «¡He entrado en Caminos! ¡He entrado en Caminos!»...

D.ª PAULINA. Es una criaturita.

LUCITA. ¿Cuántos bombones le ha requisado usted hoy?

D.ª PAULINA. (*Mostrando el bolso lleno.*) Ya ve. Estas cosas me abruman. Voy a tener que optar por no dirigirle la palabra.

LUCITA. (*Asomándose al balcón*) Mírelo, mírelo usted. ¡Ay, qué gracia! ¡Parece un pasmarote! ¡Feo! ¡Tonto! Mire: me saca la lengua. ¡Que te crees tú eso! Y bailaré con todos, menos contigo. ¡Que te vista otro sastre!)*Tirándodole un bombón*). ¡Ahí va, a ver si te hace un chichón! Doña Paulina, ¡por Dios! ¿Ya se ha dormido?

D.ª PAULINA. Ah, hijita; esos juegos son peligrosos.

LUCITA. Mire, lo ha cogido en el aire. Pero es tan sosito. .

Entra por el balcón una china envuelta en papel, la cual da a doña Paulina.

D.ª PAULINA. ¡Ay!

LUCITA. ¡Qué bárbaro! Mire, es de él, de Goyito, que me la ha tirado con un tirachinas. Ese es capaz de aporrearnos. Mire, trae un papel. ¿Qué dice? «Te quiero.» ¡Vamos, será cursi! (*Mutis*).

D.ª PAULINA. Lucita, por Dios, esos devaneos... (*Sale*).

ESCENA IV.

FERNANDO y PEDRO FONTÁN. Fernando entra en escena dando muestras de gran preocupación, seguidamente va en busca de Fontán, el que se supone está en una pieza contigua al lateral izquierda, volviendo con él de la mano. Perico que le ve en tal actitud sigue irónico y sorprendido.

PEDRO. Chico, es bueno lo que tienes. ¡Muy raros! No son precisamente los que se buscan, pero yo creo que servirán.

FERNANDO. (*En el teléfono*) «¡Central... central! ¿Quiere atenderme, señorita? El 27-42 del centro. ¿Es casa de la señora viuda de Orzabal? A la señora, de parte de don Fernando, que procure venir enseguida»

PEDRO. ¿Fernandito? ¿Estás en tu juicio? ¿Qué apuros son los tuyos? Me has sacado maquinalmente del despacho, ahora te oigo llamar con urgencia... explica, hombre...

FERNANDO. Lamento ser tan débil con mis propósitos, pero más fuertes que nuestros propósitos son las circunstancias.

PEDRO. Indudablemente. Vivimos a merced de ellas.

FERNANDO. A ello abedece que a tí, al tremendo Perico Saturno, aunqne no quería decirle nada, le revele una de las más grandes y sagradas equivocaciones de mi vida. Y sé que te reirás; pero con ese propósito lo hago; para que te rías, para que mi imbecilidad sirva de mofa.

PEDRO. Al contrario, Fernando; no es negarte que tengo mi modo especial de ver las cosas, no; pero cuando veo a un amigo lo preocupado que estás tú, no te quepa duda que toda mi voluntad está a su servicio para ver el modo de allanarle sus dificultades.

FERNANDO. Gracias, Perico. Pero en un pleito como éste estoy convencido de que no tendrá valor alguno tu intervención. ¡Tienes tú un concepto tan distinto de estas cosas!...

PEDRO. Vamos, en confianza, ¿de qué se trata?

FERNÁNDO. De mi mujer

PEDRO. ¿De Tita? ¿Qué me dices?

FERNÁNDO. Un fracaso sentimental enorme. Hoy, Tita y yo, nos aborrecemos con toda nuestra alma. Ahora me ha llamado para plantearme la separación. Tita, dentro de poco, saldrá de casa.

PEDRO. ¿Pero no estabas enamoradísimo de ella?

FERNANDO. Es verdad. Lo estuve.

PEDRO. No comprendo. Tu mujer es una muchacha, encantadora, rica,.. No comprendo, la ver-

dad, los motivos que te puedan apartar de ella...

FERNANDO. ¡Motivos! Sólo una persona hábil podrá comprenderlos. Tita, como sabes, hasta los diez y siete años, uno antes de casarse, estuvo metida en un colegio de monjas en Bayona. Ella, como toda la muchacha que supedita su vida a la potestad monjil, carecía de voluntad propiamente y tenía una noción de la vida muy equivocada.

PEDRO Es natural. Los hábitos.

FERNANDO. Tita, al conocerla yo, te lo confieso, vino a ser para mí algo diabólicamente ingenuo. Me pareció una chiquilla adorable, aún no picada por la maldad del medio ambiente y poseedora de tesoros de amor e ingenuidad capaces de hacer a un hombre dichoso. A consecuencia de ello, ya sabes lo que sucedió en nuestras relaciones, cómo hube de vencer la oposición de los suyos que no me querían y el modo que hube de conducirme con ella para no ruborizarla con la concesión de cualquier prueba amorosa, tal como un simple beso u otra moneda corriente en amor. Una mujer así era el ideal de mi vida....

PEDRO. Un egoísmo muy natural. Comprendido.

FERNANDO Pero he aquí que Tita, con toda su ingenuidad, al poco de estar casados, se me revela con una entereza de carácter tan grande como ésta. Para ella, virtud a la misma, el matrimonio es una práctica más del colegio. Ella no siente el matrimonio. Para Tita el estar casada unas veces la distrae, las más le aburre. Como no siente la realidad de nuestro estado juega con nuestra vida de un modo harto peligroso. No suena una vez el te-

léfono que ella no acuda. Sospecha de todo lo que la digo. Por otro lado me resulta con un hecho de caprichos que me ponen en ridículo. Ya ves, se empeña en arreglarme los puños, las corbatas; riñe con la cocinera si se gasta mucho.

PEDRO Vamos, que te pesa que sea tan poco hija de Eva.

FERNANDO Luego teme la vida de sociedad. Los prejuicios la traban. ¡Vamos, un hecho de ridiculeces que yo no puedo consentir!

PEDRO. ¿Y eso es todo?

FERNANDO. ¿Tú sabes lo que supone?...

PEDRO. ¡Qué enorme eres, Fernando! Cuando me has dicho lo que te sucede y a lo que te propones, el amigo más absurdo tuyo que soy yo, se rebela al conocer tu insensatez. Me das lástima, Fernando.

FERNANDO Tú no la conoces... Su carácter desconcierta, sus frialdades son horribles. ¡Cómo se conoce que tú nunca has sentido!...

PEDRO. Más que tú, Fernando. Pudiera probarte que mi embotamiento sentimental lo ha producido el presenciar tanta sensiblería de mujer. El que no has sentido eres tú. Si sintieras no hablarías así Pero ya se ve; ¡te ha pegado tan poco la vida! ¡Tienes una noción tan limitada de lo que es vivir!...

FERNANDO. Saturno, ¿qué motivos tienes?

PEDRO. Tu caso, hombre, tu caso. No quieres a tu mujer porque ves que ésta se eleva sobre tus bajos apetitos. Como siempre, en materia de sentimientos has vivido engañado, no me extraña. En cambio, ponte en el siguiente. Suponte que te tropezaras en la vida, como tantas veces te habrá sucedido, con una mujer de apariencia fácil que te cautivara.

En muchas ocasiones ¡hasta dónde no habrá llegado tu sacrificio por conseguirla!

FERNANDO. Sí, lo confieso. Como a todos cuando en ello nos va un poco de vanagloria.

PEDRO. Por esa idea has sido conforme en sacrificarlo todo. Y en cambio ahora, con tu Tita, con la mujer que verdaderamente puedes vanagloriarte, tú no te sientes feliz; la repudias cobarde porque la ves tan superior a tí que te es imposible adaptar tu vida averiada a la suya diáfana y sedante...

FERNANDO. Perico, tú ves las cosas de muy diferente manera. Tienes la habilidad de encauzar las cuestiones por el terreno que quieres y por eso dices tal cosa en esta ocasión. Pero no puedo creerte; no puedo creer que Perico Fontán, ese seductor impenitente, sea el moralista que habla. Te inspira mala idea, Saturno; el sarcasmo acaso.

PEDRO Te soy sincero. Hablo, porque ya sabes, todo lo de la mujer, me conmueve. Y sobre lo de mi conducta con ellas, tú, como muchos, estáis en un error. Fíjate cómo en todos mis actos ha habido siempre un soplo de hidalguía. Yo he seducido siempre a la mujer por amor. Por cariño he sido capaz de las mayores audacias.

FERNANDO. Eres un cínico.

PEDRO. Si no viera cariño entre vosotros no hablaría así. Aquí quien no quiere ser feliz eres tú; por aberración, por inexplicable egoísmo. Tita está enamorada de tí; me consta.

FERNANDO. Mi decisión la inspira un real convencimiento; algo muy íntimo que no se puede explicar. Por eso, desde un principio, preví que tú nunca lo podrías apreciar.

PEDRO. Entonces, ¿insistes?

FERNANDO. Ya conoces mis determinaciones. No puedo con esta tiranía, por de pronto, una separación amistosa.

PEDRO. Fernando, no seas chiquillo.

FERNANDO. Para que mi actitud no se preste a interpretaciones, voy a poner un volante a Utrilla. Siempre un testigo de calidad...

Cuando Fernando se dispone a escribir se presenta Goyito. Este es un jovenzuelo *bien* de tanta osadía como ignorancia, aunque presuma de lo contrario.

ESCENA V.

Dichos y GOYITO.

GOYITO. (*Por lo izquierda.*) Fernando, yo vengo a lo que vengo.

(Fernando mira a Goyito con cierta indiferencia. Éste, en una postura muy seria, repite:)

Fernando, yo vengo a lo que vengo. ¿No me contestas? Chico, estás cambiadísimo desde que alternábamos juntos. Si no te conociera diría que no quieres recibirme. Pero como te conozco...

FERNANDO. Goyito, dispensa. Otras preocupaciones me distraían en este momento.

GOYITO. Fernando, yo vengo a lo que vengo.

FERNANDO. Goyito, si no cambias el disco dudo tener paciencia para soportarte y lamentaré creer que aún te toman el pelo como te lo tomaban en la *garconniére* de Julio Díaz, donde te conocí.

GOYITO. No será el de tonto; aunque tú y aquéllos lo creáis.

FERNANDO Ya sabes que ni lo creí ni me preocupé en averiguar.

GOYITO. He entrado en Caminos.

FERNANDO. Te felicito.

GOYITO. A papá lo envía el Subsecretario del ministerio a Sevilla a eso del algodón con un sueldo bárbaro.

FERNANDO. Te repito la felicitación.

GOYITO. A Enrique, según le ha dicho a mamá un general del Supremo, si no le dan la San Fernando el ascenso es fijo.

FERNANDO. Bien lo merece.

GOYITO. Maruja está en vísperas de casarse con Rafael Alcalá. Oye, chico, dicen que tiene siete cortijos en Andalucía. Es un bárbaro haciéndola regalos.

PEDRO. Caramba, jovencito, es usted un polluelo de un nido afortunadísimo. ¿Dónde está enclavado ese hogar tan feliz?

GOYITO. Ferrán, 80. Pues todo eso nos tiene poco contentos en comparación a otro suceso de familia. A Carmita, la hermanita menor a quien le saltó un ojo el ama seca, el doctor Núñez le ha puesto otro de cristal, y, vamos, está guapísima. Mamá dice que ha de gustar el doble que Maruja.

PEDRO. Pues van sus hermanitas a pasos agigantados a hacerse latifundistas.

FERNANDO. Ahora no comprendo cómo tú te resignas a ser tan poco.

GOYITO. Yo he ingresado en Caminos. Papá dice que el presente es de Maruja y Enrique y que el futuro, mío y de mi hermana.

FERNANDO. Bueno, ¿y a eso vienes tú?

GOYITO. Yo vengo a lo que vengo... Tu cuñada...

En este momento entra Lucita a asomarse al balcón y al ver a Goyito le hace una mueca de burla y se vuelve.

FERNANDO Goyito, ¡no seas necio!

GOYITO. Fernando, ¡yo vengo a lo que vengo! La que no debe ser necia es tu cuñada. Ya estás

viendo cómo coquetea. Con un hombre que ingresa en Caminos no se juega de esa manera. Y tú no te pongas así conmigo, porque bajo palabra de caballero te digo que es una coqueta. Pero yo la quiero y ¡la quiero!

Fernando mira a Goyito con desprecio y lástima.

PEDRO. No te ofusques, Fernando. Cuando la osadía va en busca de tan rosadas quimeras, bien merece protección. Yo se la concedo a este joven.

GOYITO. Sí; y por los balcones me ha estado tirando chinas envueltas en papel de bombones y diciéndome tonto y sacándome la lengua.

PEDRO. Fernando, permite que me tome la libertad de ordenar a este joven que acuda al lado de esa locuela y que ambos cesen en sus amorosos devaneos.

FERNANDO. No necesita saberlo; esta casa es suya; ya la conoce.

GOYITO. Señor, ¡usted es mi padre! Fernando, ¿quedo justificado? Yo vengo a lo que vengo. (*Por la derecha, mutis.*)

FERNANDO. ¡Qué majaderol Y luego se quejará si le sale díscola la chiquita. Vamos, los hay...

PEDRO. Ahí ves; esa es la bella y divina mentira de la vida. Por eso espero que modifiques tu actitud con respecto a Tita. Déjate ahora de necedades y no escribas. Te complicarías la vida. Tu familia creo que viene. Acompáñame al despacho y vamos a terminar de ver esas colecciones. (*Mutis.*)

ESCENA VI.

LUCITA, D.ª PAULINA, TITA y GOYITO.

Lucita, mimosa, entra jugando como siempre y castigando con sus travesuras a Goyito. Tita los sigue en silencio dejándose caer, hondamente preocupada, en el primer diván que encuentra. Doña Paulina asiste displicente a todo.

LUCITA. (*A Goyito.*) ¡No me hable usted! ¡No me encuentro en el caso de atenderle!

GOYITO. Lucita, yo vengo a lo que vengo.

LUCITA. ¡No quiero escucharle!

GOYITO. Si intenta apabullarme, no lo conseguirá.

LUCITA. ¡No quiero saberlo! ¡Ea!

GOYITO. Lucita, cualquiera diría que le soy molesto.

LUCITA. ¡Le suplico a usted que se calle! Ahora todos los hombres para mí pasan por una crisis horrible... horrible. ¡Respéteme usted! Son todos ustedes unos.. tiranos. ¡Abajo el amor!

GOYITO. Adorada Lucita, ¡más siervo que yo!

LUCITA. Se calla o me veré en el caso de despedirlo. ¡Ea! ¡Qué se ha figurado usted!

GOYITO. Lucita, que jamás me trató con esa severidad ni con esa dureza.

LUCITA. ¡¡Que no quiero oírle!!

GOYITO. Usted perdone; me iré. Y ya que comete la ridiculez de llamarme de usted, yo la llamaré así también: Lucita, la quiero a usted y la seguiré queriendo.

LUCITA. ¡Que no quiero oírle!

GOYITO. Se lo juro a usted. Yo vengo a lo que vengo. (*Mutis.*)

ESCENA VII.

LUCITA, TITA, D.ª PAULINA.

LUCITA. ¡Pobre chico! ¡Qué sofocón se ha llevado! Creo que he estado dura con él. Él tiene confianza para ello. ¡Ja, ja! Hermana mía,

¿has visto qué sumisito? Así hay que tratarlos. Paulina, ¿ha visto usted?

D.ª PAULINA. Sus devaneos, lejos de producir desestimación, avivan los deseos del muchacho

TITA. ¡Perversa sumisión! Luego, ellos son ellos...

LUCITA. Y lo raro es que sin saber cómo veo que me va gustando el muchacho. Pero hoy te juro que no me gusta nada, nada. Esas dificultades tuyas con Fernando, aquel mosquita muerta que hasta te escribía versos, me hace que vea a todos los hombres iguai de egosítas y desleales. Por más que lo tuyo mamá bien lo sabía. ¿Tan malo es Fernando? Dímelo en confianza. Paulina, ya ves, se ha dormido.

TITA. Hermana, eso es lo que verdaderamente no te puedo decir. Fernando no es ni bueno ni malo; no sé explicarme cómo es. Tiene un carácter que observándole un poco, desconcierta y pesa de un modo abrumador. Hay en él cosas que lo revelan, que parece que no tiene alma.

LUCITA. ¡Pobre hermana mía!

TITA. Pero con todo, él no es malo Yo comprendo que toda la culpa es mía, que no soy lo discreta que debiera con sus cosas.

LUCITA. Y con una persona que de verdad se quiere ¡se debe una conducir con tales cuidados! No lo sientas; si ves que te falta su cariño, ¿qué debe importarte, contando con el nuestro? No me arrepiento de haber tratado así a Goyito. ¡Al viento todos! Mira, mamá viene.

ESCENA VIII

Dichas, D.ª PAZ, y FILO.

TITA. Mamá...

D.ª PAZ. (*Besándolas.*) Hijitas.

TITA. Te llamé; acaso he sido torpe. Quiero que me perdones.

D.ª PAZ. También he sido llamada por Fernando. Nada, no te preocupes.

TITA. Yo no he querido darte este mal rato. Yo ..

D.ª PAZ. Nada tienes que decirme; las gentes de escaleras abajo se han encargado de informarme. Ama Dolores me dice que todo lo tienes preparado.

TITA. Mamá, los momentos han sido de una violencia enorme. Parece ser que está cansado de mí. No quiero estorbarle. ¡Qué dirás de mí!

D.ª PAZ. Hijita, yo encantada. Lo más lamentable del caso no es esto, precisamente, sino confirmar con la realidad una cosa que se previó antes de que llegase. Dejadme un momento que atienda a Fernando. Filo, dígale al señorito que le aguardo.

TITA. Por eso todo me está bien empleado. ¡No haberte obedecido, madre mía!

LUCITA. ¡Mándalo a tomar el viento y no te apures! ¡Si todos son iguales! Goyito, ¡que me parece poco todo lo que he hecho!

Al presentarse Fernando todos le reciben con manifiesta hostilidad. Tita sale sumisa. La única nota alegre la da Lucita, que traviesa como siempre, despierta violentamente a doña Paulina y se la lleva consigo de la mano.

ESCENA IX.

DOÑA PAZ y FERNANDO.

FERNANDO. Señora...

D.ª PAZ. Nada de preámbulos. Sé para lo que he sido llamada. Únicameute le digo, en beneficio de usted, antes de otra decisión, que si persiste en su propósito.

FERNANDO. La decisión no fué mía, precisamente.

D.ª Paz. Caballerosa disculpa.

Fernando. Hasta el extremo que para que mi actitud no se preste a interpretaciones, aquí tengo un recado para Utrilla, el abogado. Yo creo que las circunstancias aconsejan un testigo de calidad para que se dé cuenta de lo que para muchos les resultará del todo inexplicable.

D.ª Paz. ¿Y qué importa que muchos no comprendan el motivo real que les desune, cuando con antelación los mismos interesados previeron que habrían de desunirse?

Fernando. Señora...

D.ª Paz. Crea, si su escepticismo mundano se lo permite, que lo que ahora ocurre lo previó la corazonada de una madre y la experiencia de una mujer.

Fernando. Señora, no sé...

D.ª Paz. Tampoco concibo en usted esa extrañeza. En todo caso recuerde lo disconforme que siempre fuí con sus relaciones.

Fernando. Ese principio instintivo es el que influye de un modo decisivo en nuestra infelicidad. Tita participa de él directamente.

D.ª Paz. ¿Pero usted conoce el alma de esa criatura para llegar a tan absurdo convencimiento?

Fernando. Señora, ¡no es eso!

D.ª Paz. No haga protestas. ¿Qué razones de usted podrán convencerme? Ahora a otra cosa. Puede hacer de momento el inventario que crea conveniente.

Fernando. Ella guarda en un joyero todas sus alhajas. Pero quisiera...

D.ª Paz. Vamos, déjese de consideraciones. Ya son tardías. Seamos discretos en todo. (*Mutis.*)

Fernando. ¡He de decirla, señora, que mis decisiones son de hombre! Fernandito, te has jugado

la tranquilidad de tu vida. . El odio y el desprecio por igual te combaten. Me está bien empleado, por majadero. ¡No la quiero nada! Corazón mío, ¿porqué fuiste tan torpe?...

Cae en un diván haciéndose tan serias consideraciones cuando entra Pedro Fontán.

ESCENA X.

FERNANDO y PEDRO

PEDRO (*Por la derecha.*) Fernando, visto, visto todo. Ahora vamos...

FERNANDO. (*Incorporándose rápidamente.*) Se va... Tita se va!... ¡Oh, qué desprecio siento por ellos!

PEDRO. Mira, y estás pálido como un muerto. Claro, muchacho, te has emocionado ante éste acto heroico de tu vida

FERNANDO. No me hables. Voy a ultimar un detalle. Enseguida soy contigo. (*Mutis izquierda.*)

PEDRO Pero ¡qué majadero! Y todo por una nonada. No tiene sentido común. Yo intervendría. Pero, no, no, sé que todo sería inútil. A este muchacho siempre lo caracterizó su intransigencia.

Al ver entrar a Fernado, algo apenado, con un bonito perro de raza en los brazos.

¡Por fin?

FERNANDO. (*Preocupadísimo.*) Sí, lo del momento ya esta ultimado. Te digo que siento un odio y una alegría infinita en mi pecho. Mi libertad debe a las impertinencias de esa señora su triunfo. ¡Es tremenda! Por supuesto, ya conoces a Paz Mediano. ¡Corazón mío, cómo te engañaste!

PEDRO. En hora buena. Eso es ser hombres.

FERNANDO. (*Dejándose caer en un diván.*) Como el que se liberta de una cruel pesadilla, vivo la emo-

ción de lo desconocido. Amor, ¡engañosa palabra! El amor, Perico Fontán, es esto... Justifico y aplaudo tu decisión en permanecer soltero.

PEDRO. Chico, sobre ese punto no me toques. Permanezco soltero porque no ha habido mujer que conmigo quiera casarse. ¡Tal fama me habéis dado! Pero, vamos a ver, dime, ¿qué te preocupa de esa manera? Porque se contradice claramente tu liberación con tu estado de ánimo.

FERNANDO. ¿Qué es lo que me preocupa? Minucias. Pero minucias que no alteran en nada mi decisión. Algo extraño e insospechado.

PEDRO. Vamos, dí que...

FERNANDO. ¿Ves este perro?

PEDRO. Bonito grifont.

FERNANDO. (*Acariciándole.*) Fanny, mi buen Fanny.... Este se lo traje a Tita de Inglaterra, cuando estábamos en relaciones. Ella siempre lo cuidó con eso celo que tú sabes que cuidan sus caprichos las mujeres.

PEDRO. Vamos, le anticipó al perrito del novio los maternales mimos y cuidados que al hijo del marido.

FERNANDO. Este lealísimo animal es mi confidente. Ha presenciado mi estado de ánimo en los momentos más felices y en los que he estado dispuesto al suicidio. Ella también se aficionó a él con una pasión extraña; ha llegado a dormir en nuestra alcoba. Nunca creí que pudiera abandonarlo...

Una china que tras de dar en un cristal del cierre del balcón cae cerca de ellos, les distrae. Estas piedras, lanzadas desde la calle, se repiten con harta frecuencia en el desarrollo del diálogo.

PEDRO. Acaba lo del perrito.

FERNANDO. Pues nada, que ahora, al recoger las cosas que de momento se lleva, Tita me lo ha entregado con su propia mano sin cruzar una palabra.

PEDRO. ¡Ah!...

FERNANDO. Si; pero no interpretes este detalle en otro sentido.

PEDRO. Y tú sientes por el perro un vivo afecto; vamos, te hubiera contrariado que se lo hubiera llevado.

FERNANDO. Justamente. Temí perder el único consentimiento de cariño que me queda en la vida, mi amigo más leal. ¡Si vieras qué inteligente es!...

PEDRO. ¡Qué lástima que los perros no hablen! O lo que es igual: que el amor hable tantas veces. El amor debía ser mudo siempre.

FERNANDO. ¿Para qué?

PEDRO. Para que los necios como tú se aficionasen a él, ¿Tú crees que si el perro hablara le querrías?

FERNANDO. No puedo decirte.

PEDRO. ¡Qué majadero! Ahora es cuando has llegado a confundirme. No sé cómo siendo el sentimental que eres has podido dar ese paso. ¿Ves tu contradicción? Tu estado de ánimo revela que no sabes lo que te has hecho.

FERNANDO. ¡No me hables de Tita!

PEDRO. Sí; tienes que oirme. ¿No amas al perro conociendo sus imperfecciones? ¿No ves en él algo del ideal doméstico?

FERNANDO. Calla... calla...

PEDRO. Pues la mujer, chico, en cierto sentido es igual. Encantadora por cuanto supone de ideal doméstico; imperfecta por cuanto nuestro egoísmo las exige. El ejemplo está claro.

La mayoría de los hombres les exigimos las mismas cosas que al perro; su misma sumisión, sus mismas carocas. .

FERNANDO. A llegar a ese punto olvidas eso, que a la mujer, por lo general, le falta la sumisión que la espiritualiza y eleva...

PEDRO Fernandito... al oírte me das lástima. ¡Cómo habré de decírtelo! El amor no es eso... Las cosas como cosas se supeditan a nuestros caprichos. Las almas como almas sólo pueden dominarse con otros dictados del alma. ¿Qué parte de alma le has dado tú para que ella se considere feliz? ¿Hasta qué punto tu cariño la ha llenado de confianza?

FERNANDO. ¿Ignoras la inquietud de su vida? ¿No sabes que desconfía de todo lo que la digo? ¿Tienes idea de cómo me expía? Vamos, ¿puedo yo permitir...?

PEDRO. Ciertas exigencias nacen del verdadero cariño. Examina bien tu interior. Tú estás convencido de que Tita te quiere A tí su carácter de chiquilla sin picardía, sus puerilidades domésticas, te dicen mal. Bueno, y ¿qué importa todo esto? ¿Por qué exiges a tu Tita cosa que es contraria a su naturaleza?

FERNANDO. Perico ..

PEDRO. ¿No te consta que lealmente te quiere? ¿No has visto instintivamente en la entrega del perrito la capitulación de tu hombría? Anda, pídele a Fanny ciertas cosas, a ver si te las da con todo su cariño. Consideras que no es posible. Pues la mujer es igual Sé hábil; estúdiala, no la pidas nunca lo que no pueda darte. Si ves que te da la vida ¿qué más quieres?...

FERNANDO. ¡El caso es distinto!

PEDRO. Ah, ¿entonces dudas del cariño de la mujer y no del perro? No hables más: así te conducirás con ella.

FERNANDO. ¡Saturno, no! En este momento mi ardor se estrella contra tu cinismo. Te juro que entre nosotros no existe amor. Existiría algo de tranquilidad si yo me prestara a cosas que rechaza mi dignidad interior. Porque tú no me aconsejarás que me humille.

PEDRO. El amor... es eso. ¿Por qué no, si en ello te va la felicidad y consigues modelar su alma? Fernando, no seas chiquillo. ¡Con cuántas mujeres, por lograr un día de felicidad, antes no lo hiciste!

FERNANDO. Humillación, ¡jamás!

PEDRO. Hasta aquí mi leal consejo. Entonces, déjala ir...

Una china que entra da a Fernando. Éste que desespera por lo crítico de su situación, se indigna. Con gran vehemencia toca el timbre y llama a la servidumhre.

FERNANDO. ¡Filo! ¡Tomás! ¡Filo!

ESCENA XI.

Dichos y FILO.

FILO. Mande el señorito.

FERNANDO. ¿Quién domonio apedrea esta casa? Hace media hora que están entrando piedras aquí.

FILO. Eso venía a decirle al señorito. Que ahora ha entrado una en el comedor y ha roto una pieza de la vajilla.

FERNANDO ¿Sí, eh? Ahora otra. (*En el balcón*) Mire, en el portal de enfrente está. ¿Es algún novio vuestro? Inmediatamente, a un guardia que detenga a ese vándalo y que lo denuncie.

FILO. A eso ha salido Tomás, al que precisamente estando preparando la vajilla, le dió la piedra que rompió el frutero.

PEDRO. Ahora que veo las piedras vienen envueltas en papel.

FILO. He de decirle al señorito que el frutero lo rompió una almendra.

FERNANDO. ¡Una almendra! ¿Es posible?

ESCENA XII.

Dichos y GOYITO.

Goyito entra lívido y jadeante como si se hubiera escapado de las garras de la muerte. Trae un tirachinas en la mano y viene sin sombrero.

GOYITO. Fernando, ¡yo vengo a lo que vengo!

FERNANDO ¿Otra vez?

GOYITO. (*Sin poder hablar apenas*) Sí. . a darte las gracias. He tenido el honor de ser detenido por orden de un criado de tu casa. Un guardia me llevaba a la Comisaría, pero antes me he escapado para darte las gracias. Muy agradecido... muy agradecido. .

FERNANDO. Pero majadero ¿tú eras quien tirabas?

GOYITO. Quien tiraba a tu cuñada, no a tu casa, que te enteres. Tu cuñada también ha roto un cristal en la casa de enfrente con una peladilla de Alcoy. Eternamente agradecido. Sí, señor. ¡Ya modificaré el concepto en que os tenía!

PEDRO En efecto; ahora desenvuelvo una china y mira lo que dice el papelito: «Te quiero.»

FERNANDO. ¡Muy bonito, Goyito!

GOYITO. Señor, por mi honor le juro que ya no la quiero nada, ¡nada!

ESCENA XIII.

Dichos y TOMÁS

TOMÁS. Señorito, el guardia que ha detenido al joven ese que ha apedreado la casa y que huyendo se ha refugiado aquí, pregunta por él.

GOYITO. Pues yo no le acompaño. ¡No y no! ¡Que la detengan a ella, que ha sido también culpable!

FERNANDO. Goyito, que es una autoridad.

PEDRO. ¡Valeroso joven!

GOYITO. ¡Me hacen tirillas, y no! ¡No por mí, sino por el nombre de mi padre! ¿Qué diría el Directorio cuando se enterase?

FERNANDO Tomás, dígale al guardia que se niega a acompañarle.

GOYITO. Es cuestión de amor propio ya. Yo no me reduciré si no la detienen a ella

PEDRO. ¡Es muy justo!

FERNANDO. Tomás, dígaselo usted también.

ESCENA XIV.

Dichos, D.ª PAZ, D.ª PAULINA, TITA, LUCITA, FILO.

Las señoras, al salir, se han enterado de lo sucedido. Tita, con sombrero y elegantísimamente vestida, asiste muy triste a la escena. Goyito, sentado en un diván, da muestras de faltarle aire para respirar. Todos, solicitos, le hacen corro.

D.ª PAULINA. Ah, Goyito. Está lívido. ¿Le han atropellado?

GOYITO. Sí.

D.ª PAULINA ¿Un auto?

GOYITO. No, señora. Un guardia. ¡Un guardia ha atropellado mi honor por orden de esta casa!

D.ª PULINA. ¡Pobre muchacho!

GOYITO. ¡Lo inaudito, señora, lo inaudito!

D.ª PAZ. Seguramente las travesuras...

GOYITO. ¡La traviesa es su hija, señora!

LUCITA. ¡Goyito, por Dios!

GOYITO. ¡No me dirija usted la palabra! ¡No la quiero a usted ya nada! ¡Nada!

LUCITA. ¡Ay, Goyito, no, no! ¡Ahora más que nunca!

GOYITO. ¡El amor es una mentira! ¡Dios mío, gracias que he sido advertido a tiempo! ¡Abajo el amor!

LUCITA. ¡Mamá, que no diga Goyito esas cosas!

GOYITO. Aire... aire... quiero aire... Me ahoga este ambiente de malquerencia.

LUCITA. (*Abanicándole.*) Goyito, yo te lo haré. Así.

PEDRO. Yo creo que tampoco le estaría mal una poca de tila.

LUCITA. ¡Y una cucharada de azahar! ¡Que se lo traigan!

GOYITO. Aire.. aire...

LUCITA. ¡Ay, que palidece por momentos!

GOYITO. ¡Que no me cierre usted los ojos! Aire... aire...

PEDRO. ¡La tila! ¡El azahar! ¡Un trasco de sales!

LUCITA. Llevémosle al comedor. Aquello está mejor ventilado. Filo, Tomás, abran los balcones.

GOYITO. No me toque usted, Lucita; que no la quiero nada, nada...

Pedro Fontán coje a Goyito y se lo lleva en busca del aire. Muy cerca de éste va Lucita que mimosa hace todo lo humanamente posible porque no se muera aquel hombre. D.ª Paz y D.ª Paulina les siguen. Tita, en último término asiste a todo esto como una sonámbula. Ello da lugar para que Fernando, al quedar solo en escena y ver a su mujer marchar, despierte en un momento en una antigua y feliz idea y que por ésta, rápido se dirija a Tita y asiéndola de la mano la retenga y la lleve junto a sí a un diván.

ESCENA XV.

TITA y FERNANDO.

FERNANDO. ¡Tita!

TITA. (*Sorprendida*). ¡Fernando!

FERNANDO No, no te vas; ya no te vas.

TITA. Permíteme; mamá aguarda

FERNANDO. No, no te vas; sientate.

TITA. ¡Es posible! Tu pequeña no te perdona que hagas con ella esas cosas. Pero tú las haces por lo que las haces.

FERNANDO. ¿Qué crees que puede moverme?

TITA. Tú no quieres nada a tu pequeña. Si la quisieras... ¿Es que me engañabas?

FERNANDO. Tita, no. Aquéllo como ésto era muy serio. Un grito de infelicidad nos hace muchas veces que pensemos en la felicidad que tenemos. ¡Figúrate lo que yo habré sentido al ver a ese infeliz de Goyito revolverse contra todo, no por cuanto de vejación sufría, sino por cuanta dicha veía que perdía! Figúrate también lo que en mí se operó al recordar cuando nos conocimos, de cuando los dos soñamos en la felicidad de nuestra vida...

TITA. Fernando. .

FERNANDO. Sí, nenilla; recuerda ésto; lo que hubo de operar en mí tu persona, el entusiasmo con que hube de vencer todas las dificultades que se me oponían...

TITA. Y así has correspondido al amor que me juraste, a tantas rosadas ilusiones...

FERNANDO. Nena, nenilla.. el amor no es eso. Es todo lo contrario. Ya ves el pobre Goyito. Negruras en quien bien ama; dificultades y tropiezos en quien bien quiere... y muchas veces olvido completo del bien que se tiene ante la aspiración de un bien mayor. .

TITA. No quisiera creer en tus zalamerías.

FERNANDO. Nenita, ¡te falta fe en mi cariño! ¿No has leído en más hondo que en las apariencias! Anda, tonta, dájate que te quite todo esto. ¡Serás tontísima!

Fernando, con mucho mimo, consigue sentar a Tita en el diván.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, FILO; después PEDRO FONTAN.

FILO. La señora mayor aguarda a la señorita.

FERNANDO. A la señora que la señorita ya no sale. No, no sales.

Fernando comienza a despojar a Tita del sombrero y del abrigo que va colocando por doquier. Ambos parecen que van a vivir una aventura nueva de su vida. A esto se presenta Pedro Fontán y al verlos en tal plan, quiere retroceder. Fernando no lo consiente.

PEDRO. (*Sorprendido.*) ¡Eh?

FERNANDO. Adélante, caballerete; tienes confianza.

PEDRO. Querido Fernando, Tita.. Vaya, lo celebro mucho. Yo creo que ese hombre ya está bien. Y hasta que quiere otra vez a esa monísima criatura. Pero yo te doy palabra que estas escenitas, por mi parte, no volverán a repetirse.

FERNANDO. ¿Por qué? Pasas envidia.

PEDRO. Te diré. Chico, hace ya algún tiempo que hice propósitos firmísimos de no visitar a ningún amigo joven casado. De aquí mis preámbulos al entrar esta tarde en tu casa. Porque, la verdad, ¡se ven unas cosas tan raras!

FERNANDO. (*Abrazando a Tita.*) No, no te extrañe, Perico; raro no es esto.

PEDRO. ¡Fernandito, por Dios déjate! Ya sabes que detesto las películas americanas. Yo soy hombre de otro tiempo. Voy a recoger esos sellos. Vosotros, como hijos del actual se-

guid... seguid filmando en la realidad vuestro idilio.... ¡El amor es eso! (*Yéndose.*) Jamás, jamás volveré a visitar a amigos jóvenes casados. ¡Se ven unas cosas tan raras!..·

TITA y FERNANDO, sentados, muy juntos, se ríen de la sorpresa del viejo conquistador. Y mientras sus caras se iluminan de felicidad va cayendo el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Arjona, Octubre del 1923.

OBRAS DE CECILIO BARBERAN

MOTIVO DE AMOR, comedia en un acto, estrenada.
UN HOMBRE SENTIMENTAL, comedia en un acto, estrenada.
EL AMOR NO ES ESO, comedia en un acto, estrenada.
UNA PASIÓN, leyenda dramática en cuatro jornadas, sin estrenar.
LA CIENCIA, drama rural en tres actos, sin estrenar.
SOR VIDA, comedia en dos actos y un epílogo, sin estrenar.
LA CARTA, monólogo, (ídem).
LA SUERTE DE LA REPÚBLICA, boceto de comedia en un acto.
CIENCIA PSIQUICA, comedia en dos actos.
EL DRAMA, comedia en dos actos.
LAS MISMAS PALABRAS, comedia en un acto.
LA SEDICIÓN, drama en dos actos.
LA PROPIA CULPA, drama en dos actos.
MÁS ALLÁ, boceto de comedia.

OBRAS PUBLICADAS

VISIONES DE ESPAÑA, (conferencia).
ORO FINO, novela corta

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

EL AUGUSTO MOTIVO, novela.
ANTES QUE LA CIENCIA, novela.
UNAS PALABRAS, novela.

10 0'75.